

Las almas del bosque

—Nuestra nueva empresa de papel está en su punto más alto, el 90% de los estudiantes y las oficinas utilizan nuestra marca: papel amazónico —informa el director.

—Seguiremos con el mismo ritmo, ahora estamos talando los árboles del noroeste del Amazonas —dice el trabajador

—¿Y los animales? —Murmuró Silvia la hija del director, pero parecía que nadie la había escuchado.

Silvia se aburría mucho en la empresa de sus padres, no encajaba.

En el bosque del Amazonas, en un mundo paralelo, las almas de los árboles estaban en decadencia, no paraban de talarlos y como consecuencia de ello sus almas desaparecían.

—¡Lo logré! Creé la poción. —Exclamó el árbol 1201. Las almas se llamaban como los años que tenían.

—¡Bien! así podremos enviar a uno de los nuestros con forma humana y descubrir por qué nos talan e incluso hablar con ellos, ¿no? —Se emocionó el árbol 527

—Sí, exacto y después de una semana que regrese y nos explique lo que observó ¿pero a quién escogemos? —Le contestó 1201

Todos estuvieron de acuerdo, escogieron a la alma 186, un árbol joven pero no pequeño. 186 se bebió la poción, era un conjunto de savias.

Despertó, miró sus manos y el reflejo de su cara en un arroyo, se asustó, supuso que tardaría en acostumbrarse. Le costaba mantenerse en pie, no sabía dónde ir, se guió por su intuición. Miraba cada uno de los árboles, nunca había visto algo así, tan grandes tan majestuosos.

Encontró a una humana, lo averiguó porque se parecía a él.

—Hola ¿te has perdido? —Preguntó con curiosidad Silvia, no se solía encontrar a personas allí.

—Sí —vacilo 186.

—¿A dónde te diriges?

— Me dirijo a... donde están los que cortan árboles.

Una cara de decepción se formó en la cara de Silvia no sabía que sus padres fichaban a gente joven en un trabajo como aquel.

—¡Qué casualidad! Yo también me dirijo allí, te acompaño. —Mintió Silvia, ella en realidad se estaba escabullendo para leer un libro de misterio.

—Gracias

—No me he presentado, me llamo Silvia. ¿y tú?

—Ciento... —No. Se lo pensó dos veces, los humanos los llamaban por su nombre, no por sus años. —Dael

—Me gusta tú nombre ¿y que te gusta hacer?

El viaje les pasó muy rápido a ambos. Cuando llegaron ya era de noche, Silvia, tuvo una gran idea, enseñaría a Dael las estrellas.

—Mira

Dael no respondió, estaba demasiado sorprendido con las estrellas. Pasaron un rato en silencio simplemente observando. Hasta que Dael rompió el silencio.

—¿Tú dejarías que ellos —señaló a la empresa que tenía detrás de papel —me mataran?